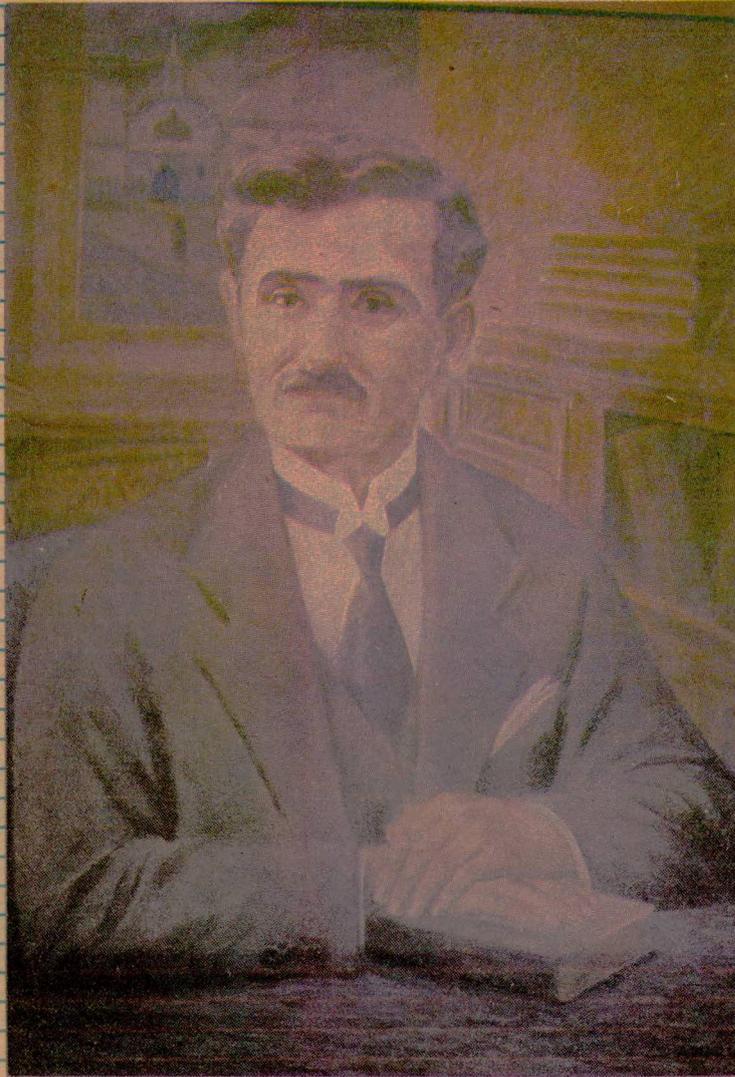


AUTORRETRATO



EGU

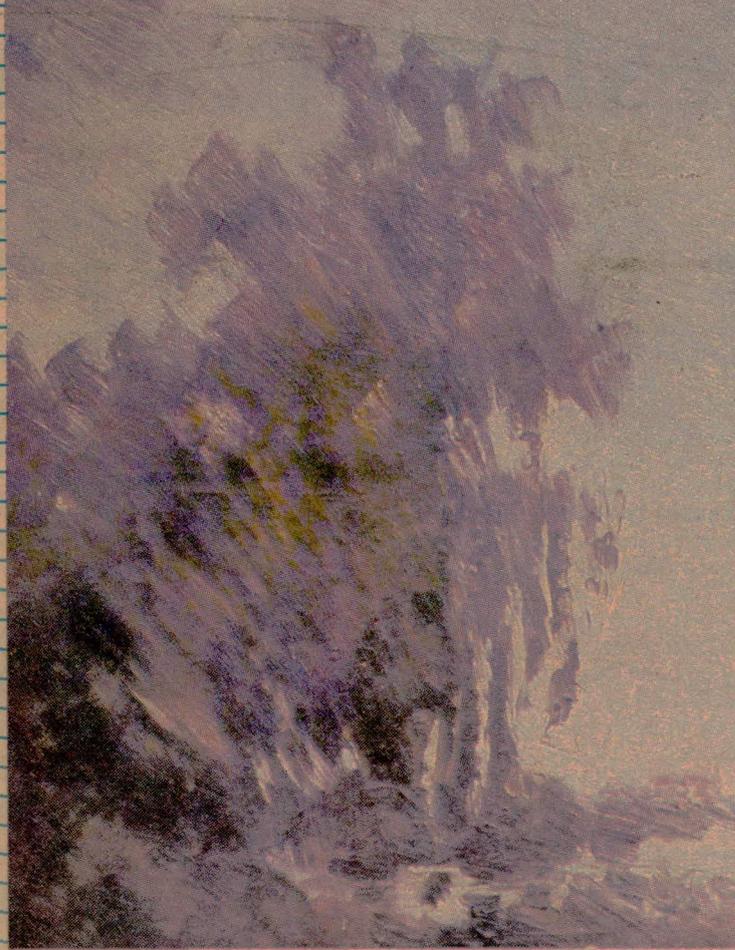
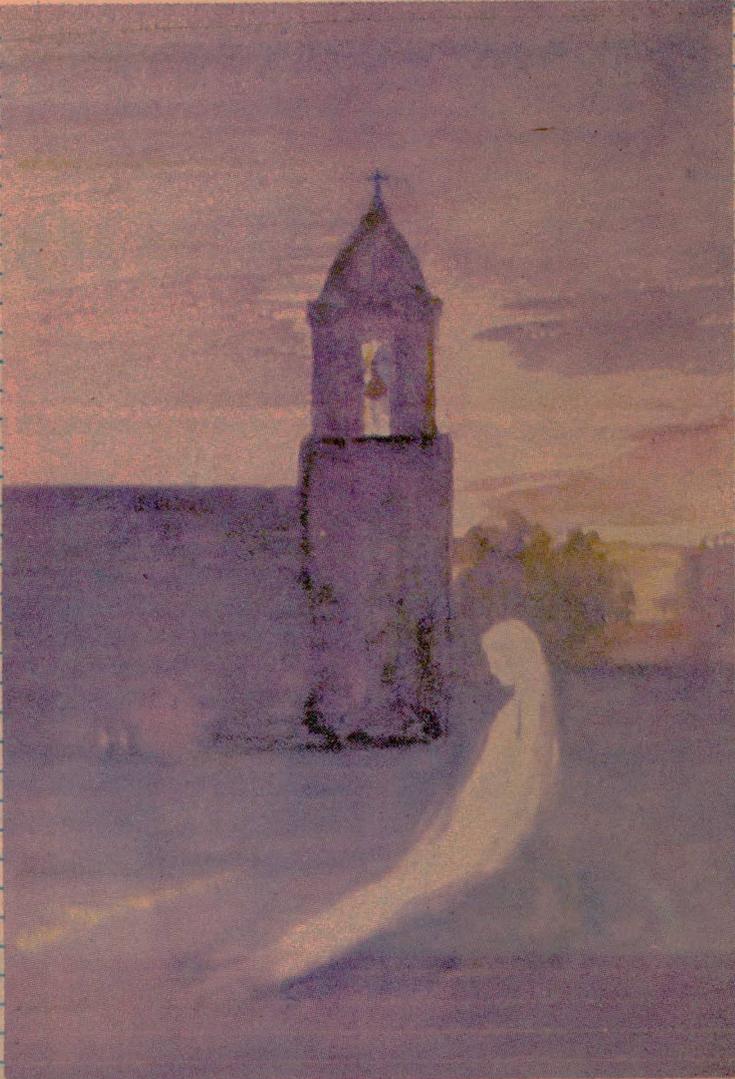
de la pluma

Por Carlos C

José María Eguren nace en 1874 y muere en 1942, sin cruzar nunca las fronteras de Lima. Cuando pequeño vive en la hacienda paterna situada en los alrededores; luego, durante mucho tiempo, en Barranco; y, por último, en el viejo corazón de la ciudad. Pero tan sedentario hombre fue un empedernido viajero, y si tal vez no se le pasó por la mente embarcarse en el Callao, como tripulante rumbo a países remotos, sin embargo pocos como él han andado tanto por tierra, mar y aire. En realidad, viajero imaginario cada hora del día. Las facetas de la rareza egureniana no se agotan aquí (de suyo ya bastante), sino como buen andarín mental discurre independientemente, lejos de los cenáculos, sin amigos afines. Desde luego, hay gentes como él, aunque en las antípodas; y el cenáculo que le viene quizás como anillo al dedo está en Londres, en el seno de la 'Hermandad Prerrafaelista', y su pariente espiritual es Dante Gabriel Rossetti, poeta y pintor a quien él menciona en sus prosas. Eguren, pues, semejante a Rossetti.

Como todos los de su especial casta, creyó nada más que en el arte, y no en otra cosa. Escribió y pintó; por cierto, más lo primero; pero en uno y otro caso se saturó de figuras y colores. Poesía y pintura fueron los medios de expresión para revelar su reino interior; lógicamente, las ventanas por las cuales el lector y el contemplador pueden percibir perpetuamente el alma de él. Eguren legible en textos en que no hay confines entre verso y prosa; visible en un puñado de óleos y acuarelas de pequeño formato. En suma, todo esto al servicio del más allá, que aparentemente acá resulta ininteligible e invisible. Así, el reino interior conectado siempre con lo desconocido, según su lema personal conforme afirmó en una breve entrevista. Por lo tanto, las figuras y los colores como vías del sexto sentido, u ojo espiritual que clava no más la mirada en el último rincón del secreto supremo.

Las pinturas de un poeta son intercambiables con sus poemas, por poseer naturalmente un sello común.



RETRATO DE EGUREN POR VALDELOMAR

EGUREN,

de la palabra al pincel

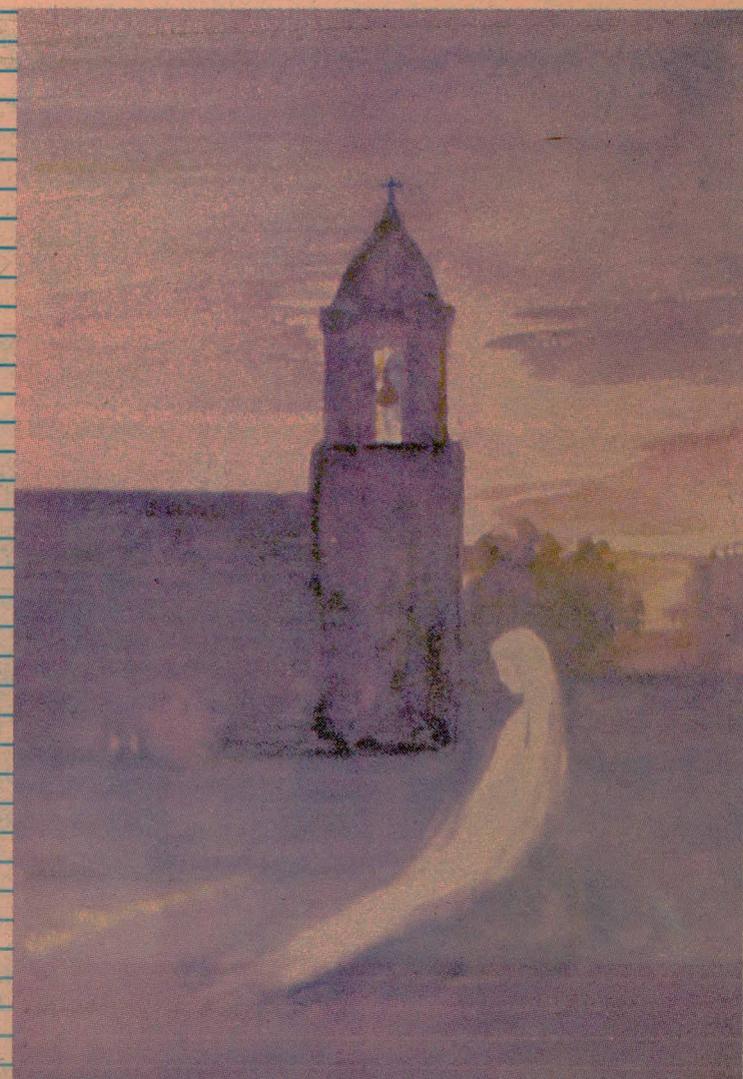
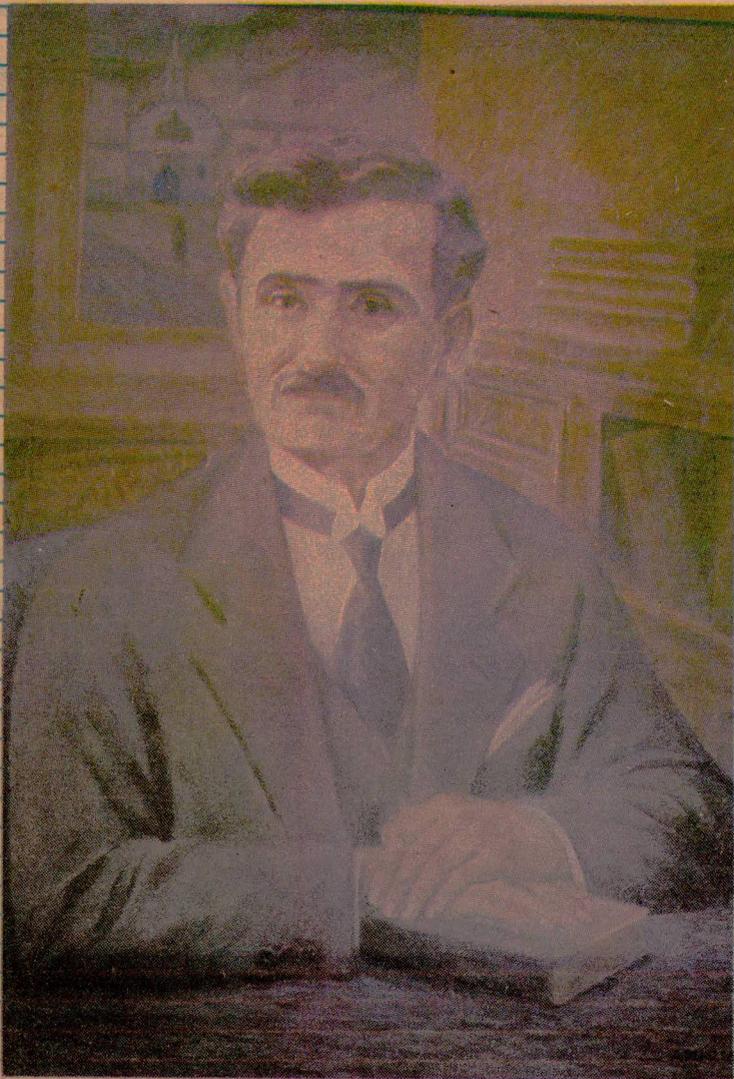
Germán Belli

De modo tal, algunos de los cuadros de Eguren podrían ser transcripción pictórica de las ideas concebidas en sus versos, equivalencias visuales, prolongaciones del texto al lienzo. Porque, en general, la delicada oblicuidad de su simbolismo poético prosigue allí, acompañada en adelante por las líneas y los tonos desvanecidos. Eguren transpone los rasgos fundamentales de su escritura, como el cromatismo, las personificaciones y el paisaje. Pero reconozco de improviso que esta reflexión debí en verdad comenzarla por lo que sigue: los vasos comunicantes (mejor dicho, el cordón umbilical) entre uno y otro arte es la fantasía egureniana, que, de acuerdo a las circunstancias, queda encarnada mediante el dibujo o gracias a la palabra escrita que no cesa de palpar. Ahora, el lector cede el lugar al contemplador, y éste divisa entonces la personificación de la noche, los duendes, las ánimas, el dominó, la exigua patria de Liliput (que fue la que más amó), e incluso a Adán y Eva, luciendo facha de

bañistas de los años veinte.

Pintura poética, poesía pictórica. En consecuencia, sobre la superficie de los cuadros, muchísimas veces la imaginación errante del poeta flota a sus anchas, desatando tonalidades y trazos, que de pronto parecen esfumarse; en tanto que la superficie de los textos, oculta en las entrañas de los libros, está cubierta de adjetivos cromáticos, con tal profusión que casi no dejan de aparecer verso tras verso. No hace mucho volví a contemplar en la noche sus óleos y acuarelas iluminados por la clara luz eléctrica; probablemente leí por primera vez sus poemas en el silencio nocturno de Chaclacayo, en casa de un amigo mío, que pertenece al mismo linaje de él. Finalmente, andando el tiempo, esto lo escribo cuando el firmamento está sumido en tinieblas. En rigor, nada en absoluto pudiera haber ocurrido en otros momentos del día, porque da la casualidad que para nuestro memorable Eguren la noche prevalece en el universo por sobre todas las cosas.





EGUREN,

de la pluma al pincel

Por Carlos Germán Belli